

IMAGINAR EL FUTURO
Carlos Manuel Montero Flores

«...si las más de veces vemos que el bien triunfa sobre el mal, la vida sobre la muerte, las potencias de la luz sobre las potencias de las tinieblas, es que no ocurre de otro modo en la realidad. Porque si la relación entre esas fuerzas contrarias se invirtiese, la vida sería imposible; ahora bien, de hecho se mantiene e incluso tiende a desarrollarse.»
—Émile Durkheim

Si tuviera que hablar sobre mi generación, que hoy ronda entre los 20 y 30 años, diría que somos mayormente unos pesimistas entusiastas. Pesimistas por crecer viendo un planeta cuyo frágil equilibrio natural es destruido a pasos agigantados, un mundo repleto de desigualdades inhumanas, lleno de injusticias legales, y al mismo tiempo sin opciones para escapar a esto. Crecimos durante el fin de la historia, el fin de las alternativas. Rodeados de imaginarios apocalípticos, con películas, series, videojuegos o libros que nos ofrecían como única opción un futuro lleno de barbarie. Ante esta situación catastrófica hay dos posturas. La primera acepta el pensamiento determinista, niega la historia y abraza —no sin cierta tristeza— el exterminio inminente. La segunda busca de forma imperativa a hacer cualquier cosa para transformarlo todo.

A los deterministas les gusta hablar sobre sus conocimientos de historia. Aluden a ésta para justificar la inutilidad de los cambios. Que todo cambia para que todo quede igual. Que algunos en el pasado han dado su vida para hoy vivir igual o peor. Les gusta ignorar que siempre tenemos la posibilidad de modificar nuestras condiciones de vida. Ya sea que lo hacen para defender y conservar su buena posición al nacer, o por un derrotismo que viven como una condena, esta es la posición que me parece más peligrosa seguir, porque no harán nada por mejorar las cosas.

A los que buscamos la transformación de la realidad, vivimos con una angustia de que el tiempo se está acabando. Nuestra urgencia por el cambio nos lleva a considerar opciones inmediatas: reducir nuestro consumo, realizar caridad, realizar denuncias en redes sociales y en las calles, en fin, acciones que son buenas pero que francamente se ven insuficientes. Las acciones deben de pasar de lo individual a lo colectivo, de lo personal a lo político. Aunque se vea como un salto lógico, no ha sido nada sencillo. El punto de partida que me parece fundamental para iniciar todo cambio es creer que sea posible, es poder ver un futuro, un destino más o menos claro al cual queremos llegar.

Sí, nos considero unos pesimistas entusiastas, porque tenemos la voluntad del cambio, de un mundo mejor, de ayudar siempre que se requiera, pero al mismo tiempo nos cuesta trabajo pensar cómo será. Nos cuesta imaginar un futuro menos amargo. Y es que existe una imagen más o menos recurrente sobre el porvenir: no contar con seguridad laboral ni social, no poder dejar el hogar, no tener hijos, vivir en condiciones ambientales cada vez peores, no conseguir una pensión, tener que trabajar en la vejez.

Para poder trazar una ruta de escape a esta tragedia, podemos y debemos empezar por darnos cuenta que no somos unos cuantos los que padecemos este mundo, sino que somos la mayoría. Una mayoría que no se conoce porque es silenciosa, porque prefiere culparse en solitario por su mala vida, que al fin y al cabo –se nos ha enseñado– es solamente resultado de nuestras acciones. Una de las ideas más nocivas para la democracia y la participación dentro de ella es la de fomentar la individualidad, que nos aísla, que nos hace pensar sólo en nuestra persona e ignoramos a los demás. Hay que quitar el velo que nos impide ver las condiciones que vivimos entre todos.

Darnos cuenta de que experimentamos un malestar común, nos ayudará a buscar una solución común y como tal debe de gestarse entre todos. Creer que no deben ser los intereses de unos cuantos los que decidan la dirección de nuestras sociedades. Que deban ser la mayoría de los pueblos los que busquen algo que como tal les beneficie a sus intereses. Poder imaginar entre la mayoría un futuro mejor, menos doloroso. Y este es el paso individual al colectivo, a la acción política. Confiar y cuidar de la democracia será la tarea más importante, pues sólo mediante ella el mundo que imaginamos será posible.